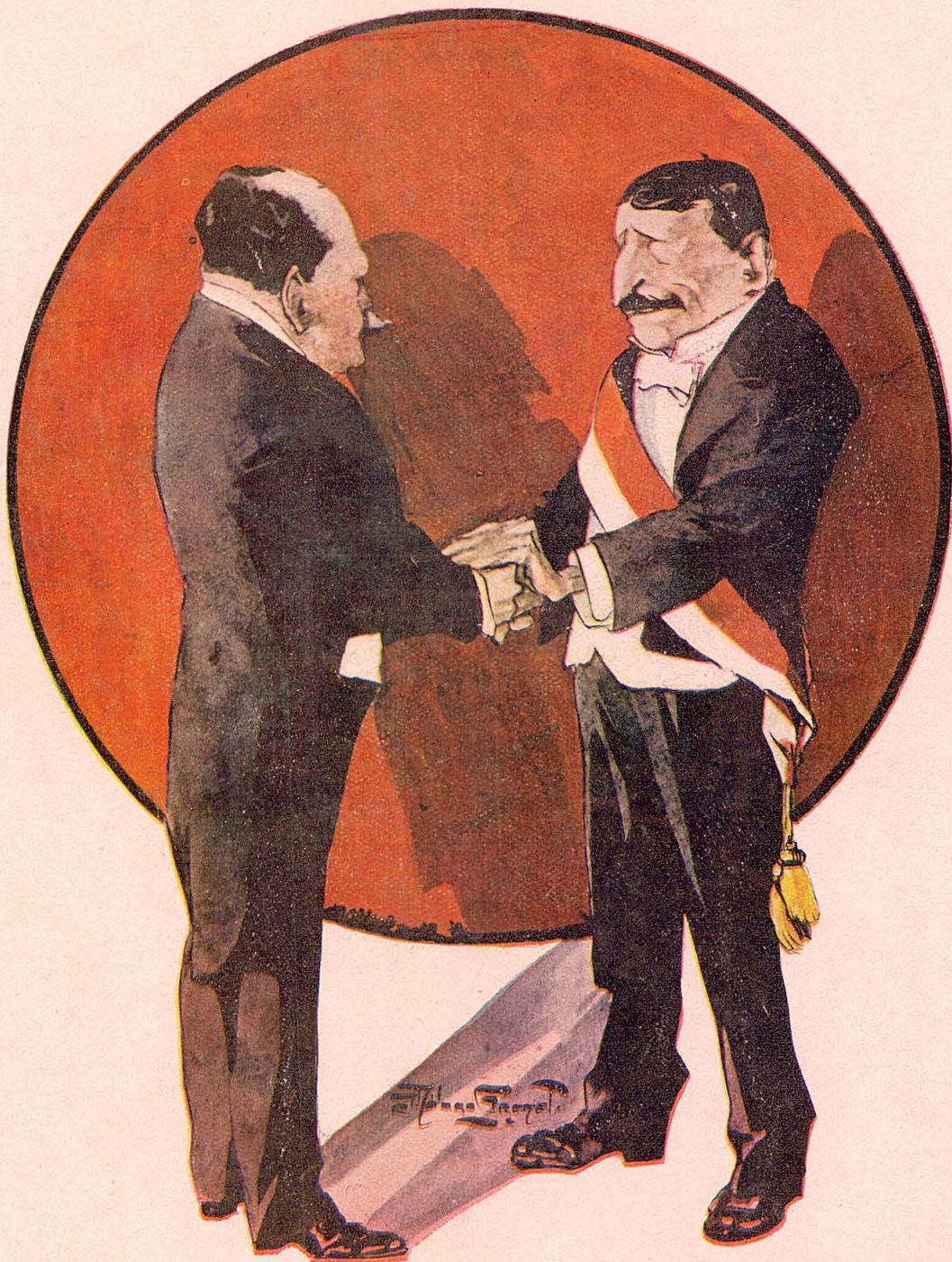


VARIEDADES

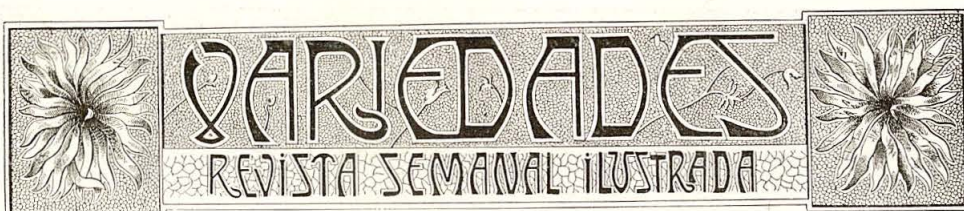
La despedida



—Quédole muy agradecido, mi querido amigo, por sus bondades. Ya sabe usted que esta es su casa y que tendré mucho gusto en verle por aquí.

—Yo también.

3er. Número extraordinario



Sucesora de "PRISMA"

Premiado con Medalla de Plata en la Exposición internacional de Milán de 1906

Director: Clemente Palma

Editor propietario: M. Moral

Lima 30 de setiembre de 1908

El Centro Universitario — La trasmisión del mando

El miércoles se verificó la fiesta de la juventud estudiantil con un éxito brillante. Era el día de la entrada de la primavera y los jóvenes quisieron en ese día inaugurar el Centro Universitario, simpática institución que en el Gobierno, en las Cámaras, en la sociedad y en el sentimiento general ha encontrado la más entusiasta acogida, porque viene á ser la cristalización del verdadero espíritu juvenil, alegre, sano, primaveral que debe animar á los estudiantes y una reacción contra esa desunión que reinaba entre ellos. Desde hace mucho tiempo ha estado palpitando en el fondo del alma de los estudiantes esta generosa aspiración de reaccionar contra esa vejez prematura que aplastaba como una losa pesada las naturales tendencias de esos mancebos, quienes al no poder conducir sus energías, por cauces sanos de confraternidad de solidaridad y de salud, las derivaban por senderos estrechos é infecundos. Eran energías que corrían por arroyos, por delgados hilillos, que al juntarse hoy en eficaz corriente de fuerza y de aspiraciones van á realizar el ideal común y á constituir una entidad hermosa y robusta. No pueden ser más nobles los propósitos que el Centro Universitario se propone realizar. Todas aquellas hermosas ideas de justicia, de

virilidad, de patriotismo, de solidaridad, de lealtad, de entusiasmo hay que buscalas en toda su pureza entre los mozos porque en sus almas primaverales aún las miserias de la vida no han entremezclado en el blanco vellón del ideal los conceptos de transacción, de disimulo, de interés torcido, de conveniencias particulares, de solapamientos, de rencores que satisfacer y concuspiscencias que contentar. Nada de esto aparece en las almas jóvenes, en los espíritus de alborada; es más tarde que vienen las tormentas de la vida, es más tarde que los nubarrones opacan la luz; generalmente las auroras son luminosas y las tempestades es inician cuando el sol camina á su segundo crepúsculo. El programa que aspira á realizar el Centro Universitario está saturado de propósitos generosos, á los que deben prestar los poderes públicos el más caluroso concurso. Asistencia médica á los estudiantes pobres, casas de hospedaje para los estudiantes provincianos, préstamos para el pago de matrículas y derechos de exámenes, conferencias frecuentes en las salas del Centro, cooperación solidaria á todas las iniciativas provechosas para la enseñanza universitaria así como oposición y protesta á todo lo que signifique un ataque injusto á los fueros de la juventud, ex-



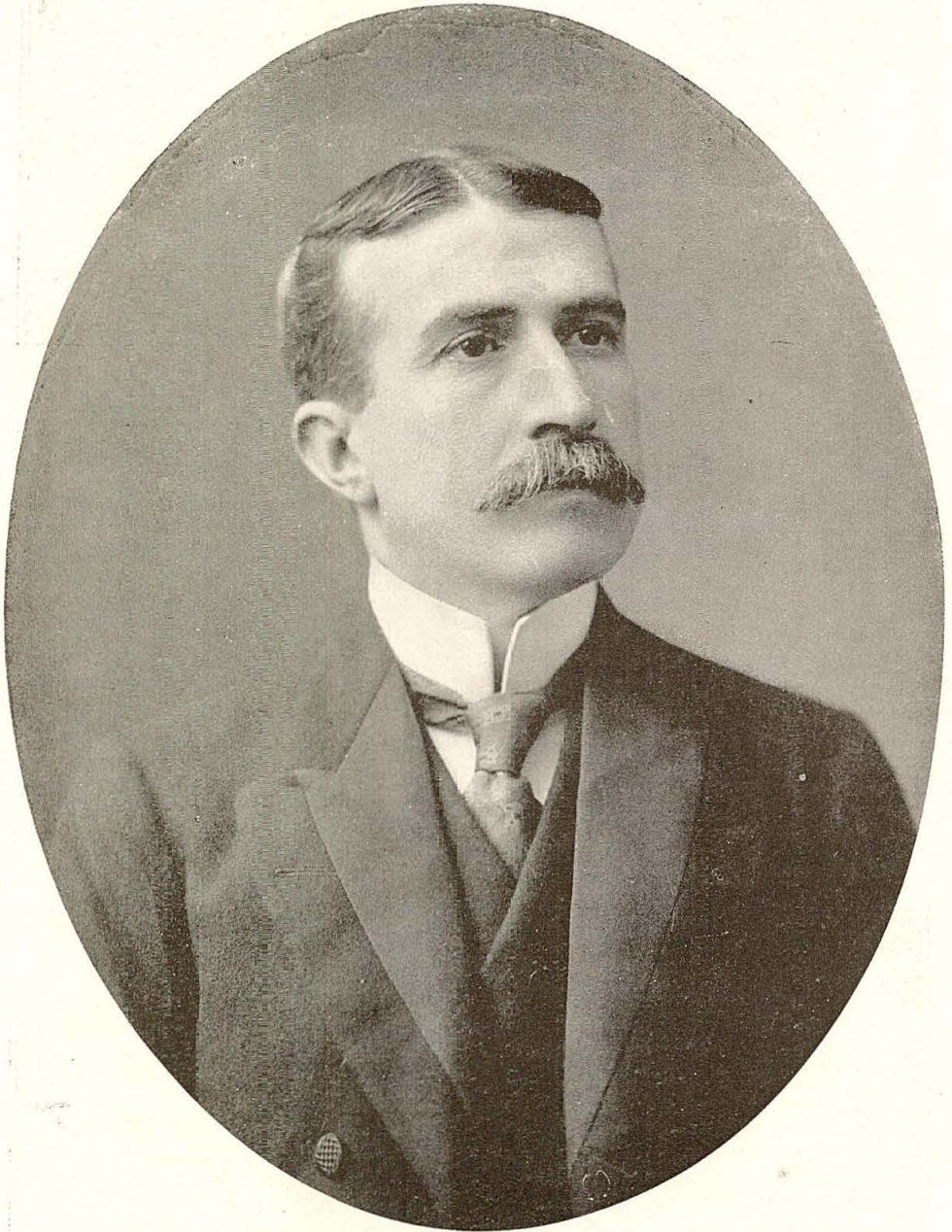
En la Universidad

curciones de estudio y de paseo, fiestas deportivas, ejercicios físicos frecuentes; todo esto y mucho más se propone realizar el Centro y lo hará si en su labor de entusiasmo y de fé juveniles no entran factores disolventes, si no interviene la política introduciéndose solapadamente—que es como entra este nocivo factor — á malear los generosos ideales y á ajar la frescura de esas almas que quieren hoy vivir en un ambiente de juventud. de alegría y salud.

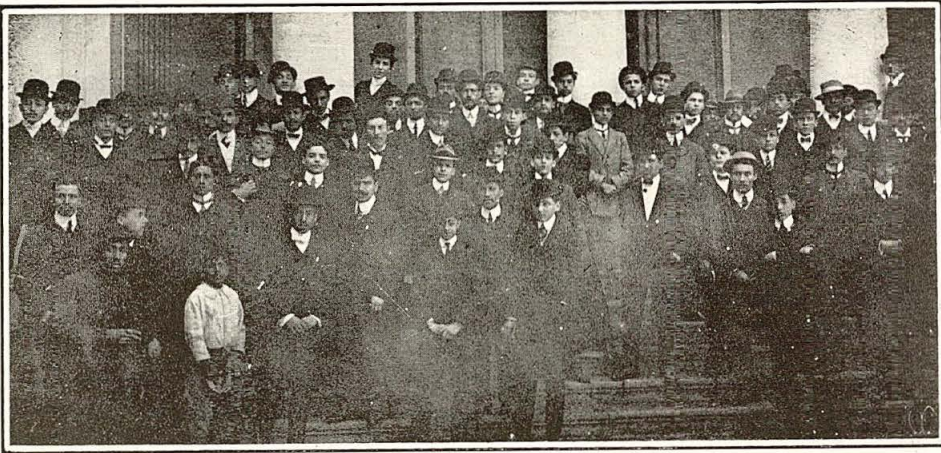
A la una de la tarde se reunieron en los patios de la Universidad los alumnos de las Facultades de Jurisprudencia, Ciencias Políticas y Letras y en medio de una alegre gritería y de un entusiasmo radiante recibieron á los estudiantes de la Escuela de Ingenieros y de Estudios especiales. En seguida abrieron la reja que desde hace muchísimos años separa la Facultad de Ciencias del resto de la Universidad, y que solo se abría un día al año: el día de la clausura de los estudios, es de-



Los estudiantes en la Plaza Principal



Excmo. señor Augusto B. Leguía
Presidente Constitucional de la República



En la Facultad de Medicina

cir, el día de la separación. Los estudiantes han juzgado con razón que no era sabio ni tenía motivo de ser ese alejamiento de los miembros del mismo hogar intelectual: esa reja mataba vínculos y afectos, se oponía á la amistad y al contacto de espíritus jóvenes haciéndoles huraños y ajenos á toda iniciativa de bien común. Abierta la reja se precipitaron los unos sobre los otros, como dos torrentes de afecto, los jóvenes que antes se cruzaban miradas indiferentes y hasta despreciativas á través de esos hierros rígidos y fríos. Soldadas las emulaciones en un estímulo de solidaridad generosa salieron en bulliciosa banda-

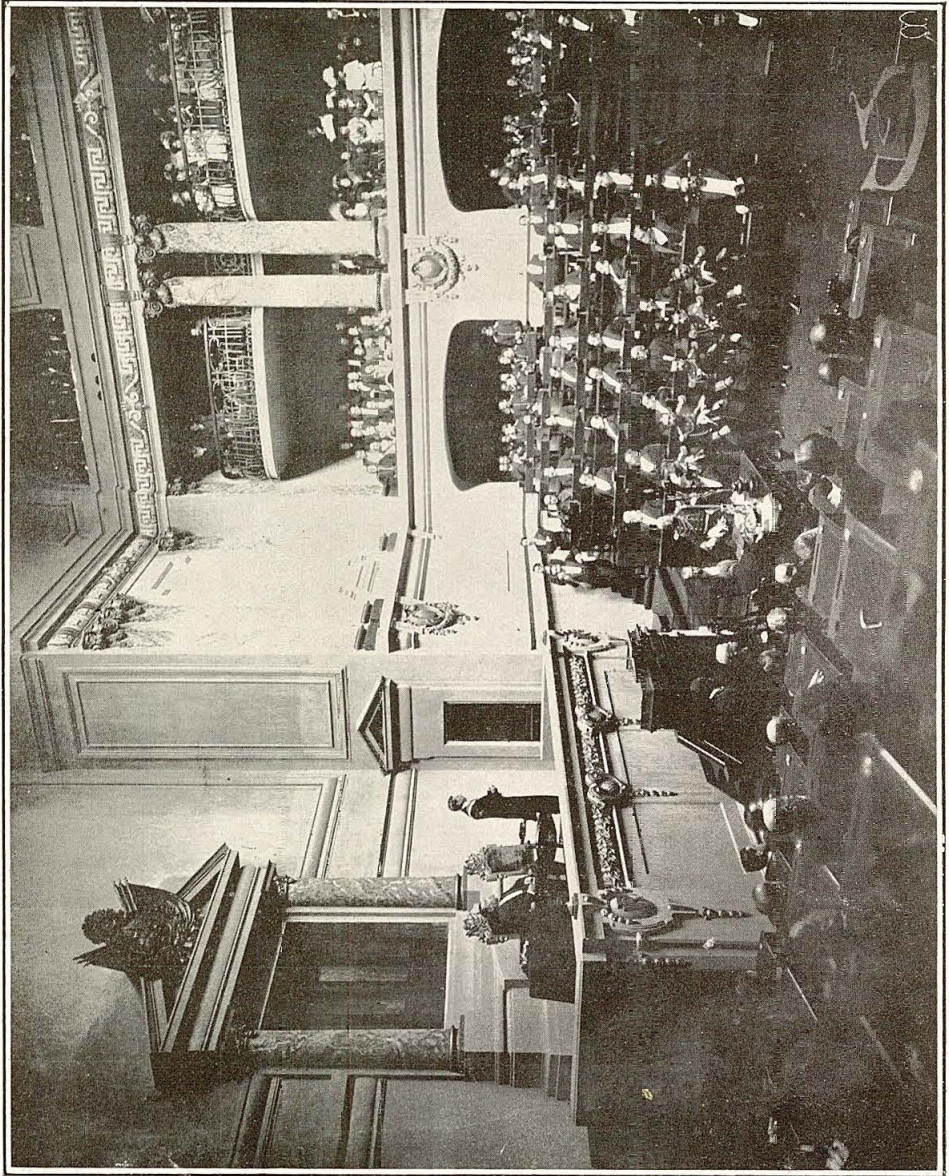
da para ir á dar el abrazo fraternal á los estudiantes de Medicina.

Llegados al hermoso local de la Facultad de Medicina se inició un entusiasmo loco entre los jóvenes galenos y los visitantes, mediando afectuosos abrazos y gritos y saluciones expresivas de una cordialidad sinceras. Al fin después de establecida la calma el alumno de Medicina señor Carlos Monge pronunció el siguiente discurso de salutación:

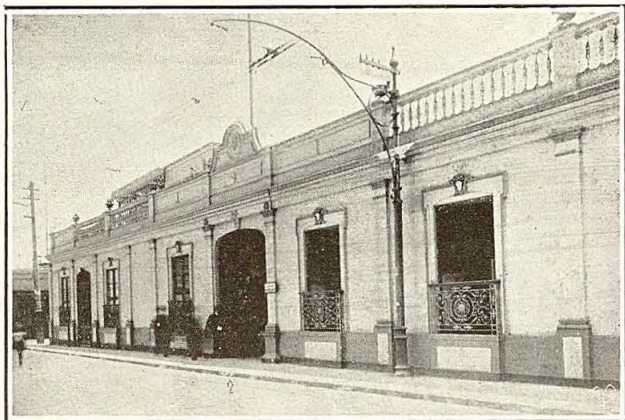
Bienvenidos los nobles y entusiastas compañeros que, en día tan solemne, han querido dispensarnos el honor de sus saludos; bienvenida esa juventud, que ha de ser



Los estudiantes saliendo de la Facultad de Medicina



El Excmo. Sr. Leguía leyendo su mensaje

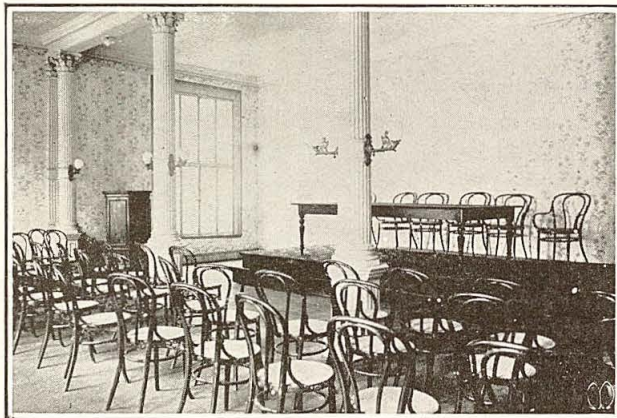


Fachada del local del Centro Universitario

fuerte porque es unida y que quiere ser útil porque es buena y porque es honrada.

Con los corazones rebozando fé, rebozando alegría, plétóricos de entusiasmo, os hemos visto acercaros en alegre caravana, y os salimos al encuentro para deciros: Nunca satisfacción más grande ha conmovido nuestros espíritus; nunca han palpitado corazones más generosos en estos claustros apacibles; nunca voces más queridas han venido á llamar á las puertas de San Fernando!

Distanciados siempre, siempre aislados, sin comunicarnos nuestras pe-



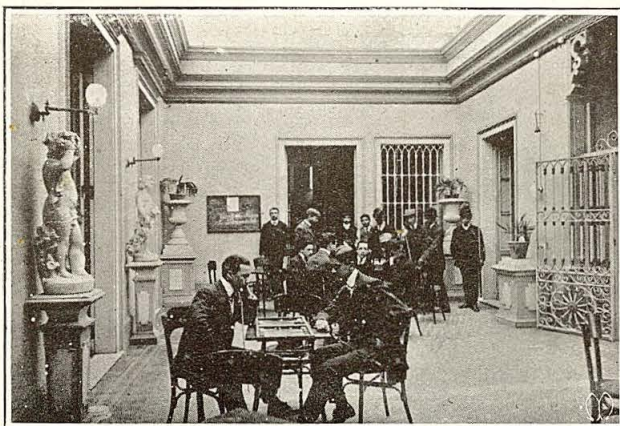
Sala de conferencias

nas, sin conocer nuestros anhelos ni saborear juntos la alegría de vivir, sin ayudarnos, sin ser útiles, extraños en la misma familia, marchábamos tristemente solitarios por el camino de la vida.

Pero la armonía se hizo

La unión de los estudiantes para festejar el día de primavera, como el símbolo de muchas ilusiones florecidas ya, de muchas esperanzas realizadas, presagia días más felices.

El porvenir es nuestro porque estamos animados todos de la fe más absoluta y de la voluntad más decidida.

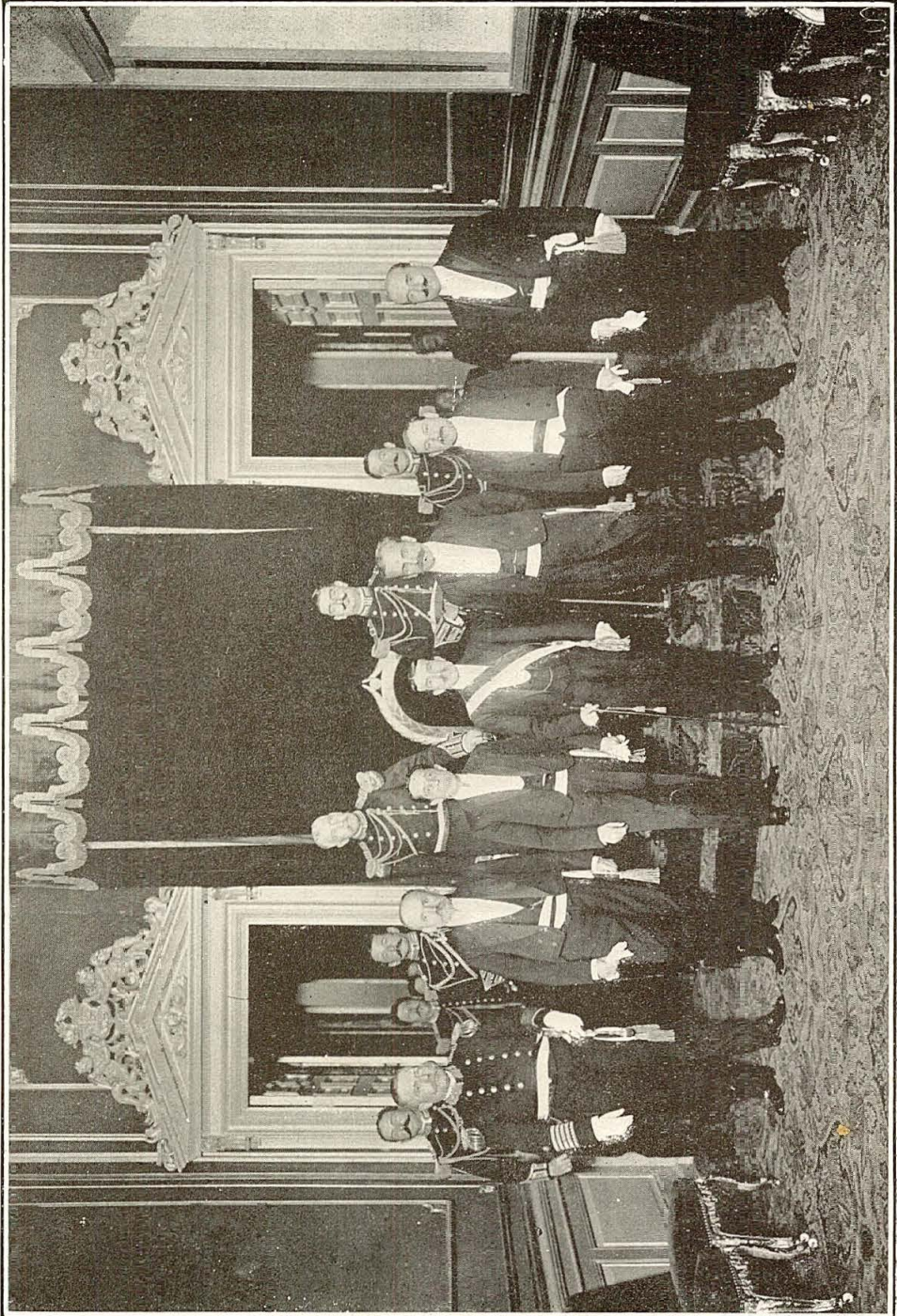


Patio

Compañeros de la escuela de ingenieros; compañeros de la escuela de agricultura; compañeros de la escuela de las facultades; hermanos todos, no permanezcamos jamás indiferentes ante el bien común. La sociedad nos ha reclamado hace mucho tiempo. Podemos y debemos ser útiles.

Y así siempre unidos, unidos todos, fuertes y solidarios, daremos una nota hermosísima en este concierto armonioso de la juventud.

La delegación de la facultad de medicina, representada en mí, por honra inmerecida, á nombre de todos sus compañeros, con



(Fotografía hecha especialmente para VARIADAS)

El Presidente y su Consejo de Ministros

incomparable satisfacción os recibe y ofrecemos el homenaje de sus saludos, de su agradecimiento y de sus simpatías.

Compañeros, hermanos, por el ideal y por el sentimiento; esta casa es la vuestra.

Una ovación estruendosa acogió estas palabras de bienvenida. A este discurso siguieron los de los señores Miró Quesada, Manuel Prado y Ugarteche, J. B. Lavalle, V. Belaunde y J. Pasquel que sentimos no poder reproducir. El poeta Gálvez, alumno de Jurisprudencia, recitó la siguiente poesía.

CANCIÓN Á LA JUVENTUD

Pujanzas y glorias, ideales y ensueños de santas victorias;
la luz en los ojos que forjan los sueños y buscan las glorias,
las manos en alto llevan los pendones y los corazones,
abiertos á todos los grandes alientos,
se ensanchan rompiendo las viejas cadenas mientras las melenas
se agitan gloriosas á todos los vientos!
Locuras y amores
caldean la sangre que rugen en las venas,
alegres fanfarrias ahogan las penas,
hasta las heridas se cubren de flores;
y en todas las sombras cantan ruiseñores!

El largo camino,
que ya atravesaron los viejos abuelos;
florece á los ojos de tantos anhelos;
segamos las flores, bebemos el vino,
reímos la vida de locos placeres;
y entre los rosales
nos brindan el goce de un sueño divino
los ojos amantes con que las mujeres
miran á los fuertes jóvenes triunfales!

Que el sol ilumine los viejos caminos,
que vaya á esconderse la madre tristeza,
que la boca joven que cantando besa,
aprenda en la gloria de nuevos destinos
la locura santa de otra Marsellesa....!

Que el tropel sagrado de los triunfadores
alce su bandera,
la bandera blanca de los idealismos,
contra la miseria de los sinsabores
y la bastardía de los egoísmos,
alce su bandera,
en el sacro día de la primavera....!
Que el tropel altivo sepa en el vivir
reír y soñar,
que venza á la humilde virtud de llorar,
que aprenda á sentir,
y á triunfar.....!
A ser en la vida
un sueño sin fin, sin norma y sin ley,
sentir por sentir, amar por amar,
soñar!
jamás doblegarse ni al vulgo ni al rey!

Batir las campanas que llaman á gloria,
amar á los viejos,

porque fueron jóvenes y primaverales,
bañarse en la historia,
fundirse en el oro de antiguos reflejos,
y al son de los locos cánticos gloriales
lanzar la semilla de nuevos ideales ...!
Que sobre los llanos y sobre las cumbres
agite su enseña de fuego la vida,
que el sol nos calcine con sus rojas lumbres
y que alcen su egida,
gloriosos y grandes, los nuevos vislumbres!
A tí, la pujante juventud.
á tí, que posees la enorme virtud
de hacer y soñar,
te doy la riqueza de un himno de amor.
¡A tí, juventud,
primavera en flor,
que rompes los moldes del viejo pensar
Loor y salud!

JOSÉ GALVEZ.

Lima.—En el primer día de la primavera de 1908.

Estos versos fueron aplaudidos con delirante entusiasmo y el poeta fué cargado en hombros por sus compañeros del Centro. El teniente señor Cordier, adjunto militar de la legación de EE. UU. y alumno de la Facultad de Ciencias Políticas, con ese espíritu sano y alegre de la gente de su raza no fué por cierto el que menos se distinguió por el entusiasmo y el buen humor. Terminada la actuación en la Escuela de Medicina el nutrido ejército de jóvenes recorrió las calles de Lima en alegre formación alborotando la gente con sus gritos sus hurras, sus vivas, sus risas y sus rasgos de humorismo espontáneo. Las banderas eran pañuelos, corbatas, lienzos rojos cojidos al paso. En el paseo Colón un grupo de esos endiablados muchachos encontró una carreta, la engalanaron en un periquete y se pasearon en la avenida en medio del contento y las más regocijadas exclamaciones.

No obstante de tener el centro su local en la calle de Fano se resolvió hacer su solemne inauguración en el general de la Universidad á donde se dirigió la alegre comparsa de jóvenes, recorriendo las calles con el mismo entusiasmo con que iniciaron su fiesta.

A esta actuación asistieron el Presidente de la República, el Ministro de Instrucción, decanos y profesores de las facultades y muchas distinguidas personas. El señor Miró Quesada leyó la memoria de los trabajos hechos por la comisión organizadora del Centro, interesante documento que revela



En la Inquisición

la actividad desplegada en la labor de organización y en el que se expresan los hermosos fines que el Centro se propone llevar á cabo. El Presidente de la República en medio de los aplausos de los jóvenes pronunció el siguiente discurso:

Señores:

En el Perú, como en todos los países nuevos, los elementos sociales que han de elevarse más tarde y constituir la raza nacional del porvenir, se encuentran en movimiento; darles fijeza es alcanzar un gran progreso; y la juventud peruana que ama su perosamiento, se solidifica (aplausos). En este sentido es obra nacional la que inicia "El Centro Universitario", y acreedora, por lo tanto, al apoyo decidido y á la simpatía calurosa de todos los poderes del estado (aplausos).

En la hora presente del mundo los países que más valen son los que más ciudadanos instruídos y educados tienen. Instruir y educar debe ser el anhelo tanto de los gobernantes como de los elementos dirigentes de un país. Sí «El Centro Universitario» instruye y educa, hace obra nacional (aplausos prolongados). Yo les envío mi más fervientes felicitaciones por el entusiasmo con que inicia su vida, y me voy á permitir si no darles un consejo, hacerles una advertencia y señalarles una orientación para

que prácticamente contribuyan á una obra nacional de urgencia.

Unificar el pensamiento es solidificar el más valioso de los elementos sociales, porque á la juventud, por las luces de sus ideales, por la energía y actividad de sus resultados, le corresponde esa gerarquía entre esos elementos. Pues bien, la indicación es esta: que «El Centro Universitario» establezca inmediatamente relaciones directas y constantes con la juventud de las llamadas Universidades Menores, con el objeto de atraerla á Lima para que contribuya á formar la gran universidad central en que se ha de incubar el gran pensamiento nacional [estrepitosos aplausos]. Esa reforma de nuestra intelectualidad, esa necesidad imperiosa é inaplazable de nuestra educación la pueden ustedes realizar en forma eficaz, atrayendo á los jóvenes á Lima. La acción directa del estado se encuentra con obstáculos casi insalvables; por esto se lo recomiendo á ustedes como un medio en que pueden emplear su actividad y entusiasmo, un beneficio inmediato para la patria (grandes aplausos).

Felicito á los iniciadores de "El Centro Universitario" cuya marcha ha descrito con pensamiento muy elevado el brillante joven presidente, en la memoria que acaba de leer, y con frase muy hermosa el distinguido joven poeta, en la inspirada composición que ha recitado. [Aplausos.]

Yo también debo decir dos palabras de agradecimiento, por la entusiasta acogida

con que me habéis honrado al ingresar á este salón, en el cual no puedo entrar sin recordar muy agradables é intensas emociones de tiempos no lejanos (aplausos), y en donde siempre he oído vibrar las palabras y sentimientos de la juventud, con la misma elevación de propósitos que revela la sesión de estos momentos. Quiero agradecer, también, el haberme concedido el honor de instalar este centro y de cerrar de esta manera, tan grata para mí, mi concurrencia á funciones públicas en el ejercicio de la magistratura en que ceso mañana. (Grandes aplausos y vivas al Excmo. señor Pardo.)

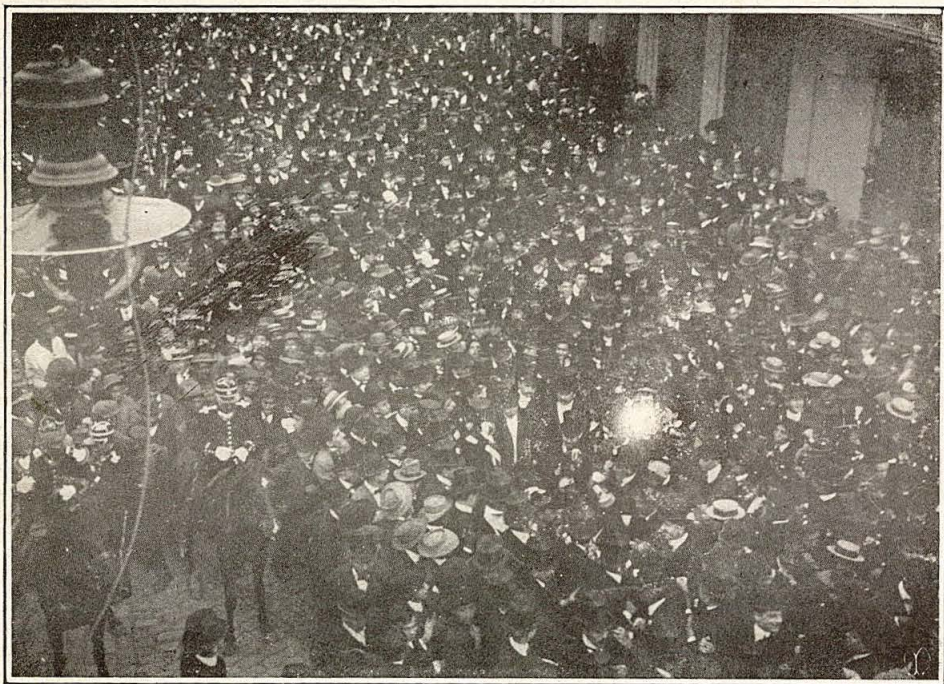
Como se vé en estas palabras de S. E. hay un consejo, valioso una orientación señalada con muy prudente intención y que seguramente daría los más grandes y positivos provechos al país. Conviene que los jóvenes estudiantes midan todo el fecundo alcance de «atraer á Lima á esa juventud que se educa en la Universidades menores á fin de que contribuya á formar la Universidad central en que se ha de incubar el gran pensamiento nacional» Ya alguna vez en *Prisma* con motivo de las desavenencias entre alumnos y profesores de la Universidad de Arequipa expresamos

ideas semejantes á las del presidente, y el Centro Universitario, si logra realizar sus fines y si la corriente de solidaridad y afecto estudiantil no se turba ni se entibia, podrá seguramente propender á la realización del consejo que con un sano concepto de la instrucción superior, ha dado el señor Pardo á los jóvenes del Centro Universitario.

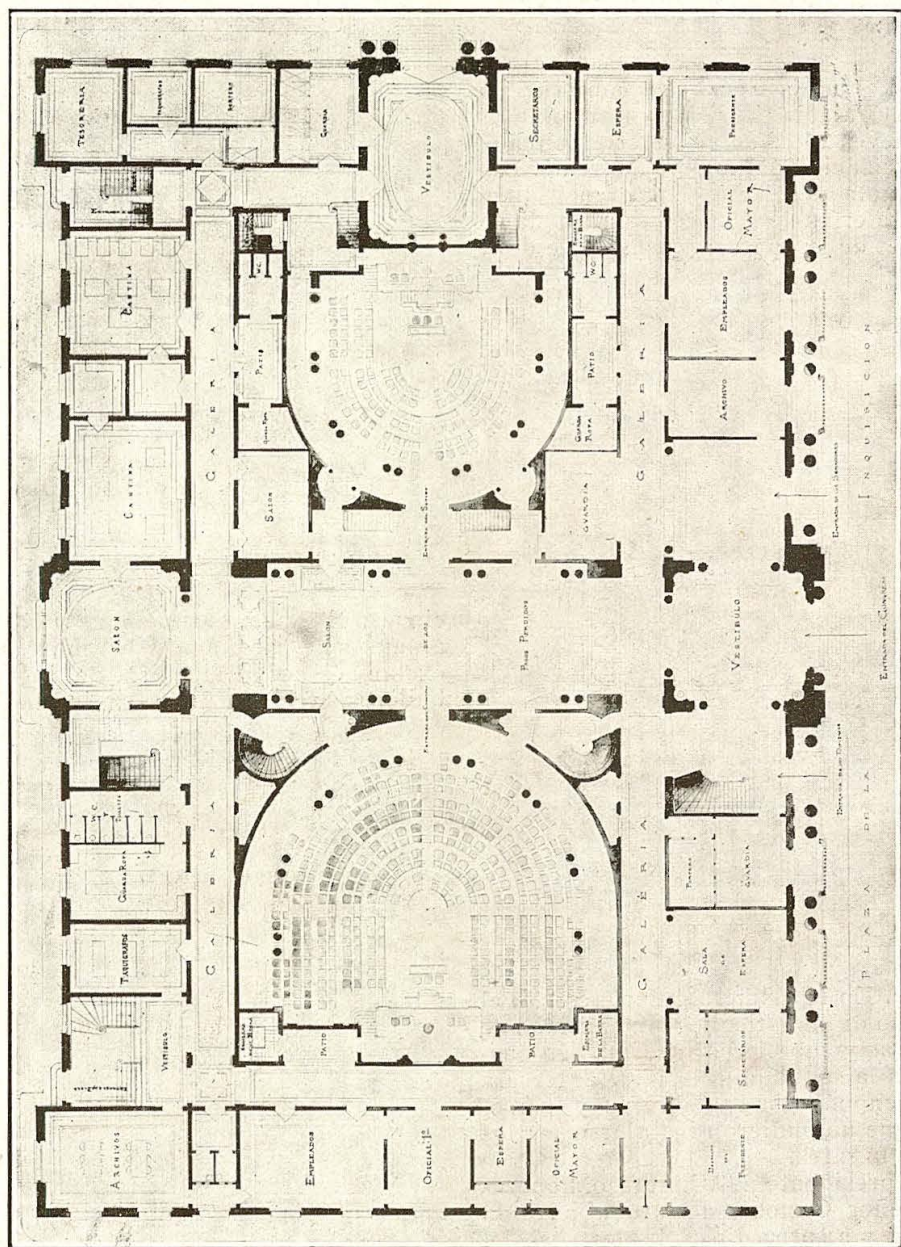
Inaugurado el Centro, S. E., el Ministro de justicia y los catedráticos fueron llevados por los alumnos al local, situado, como hemos dicho, en la calle de fano. Allí ofrecieron á S. E. una copa de champagne brindándose por la prosperidad de la noble y juvenil institución.

En la noche en el local del Centro se celebró un banquete de los jóvenes en que los brándis más alegres é ingeniosos se sucedían y en el que se consagraron recuerdos cariñosos á nuestros intelectuales más distinguidos.

Tal ha sido esta fiesta hermosa de los jóvenes estudiantes, fiesta de alegría y de amor, de ideal y de salud; fiesta primaveral de los espíritus que em-



El nuevo Presidente de regreso á Palacio



Piano del Palacio Legislativo

piezan á vivir y que huyendo de esa ancianidad prematura que se estaba infiltrando en su corazón, salen al sol á cantar su canción rebelde de vida y salud.

En el nuevo local en construcción para Palacio Legislativo tuvo lugar el jueves 24 la solemne ceremonia de la traslación del mando supremo. Distinguida y selecta concurrencia llenó las galerías de la hermosa sala de sesiones de la que será cámara de dipu-



Señor Dr. Melitón Porras
Ministro de Relaciones Exteriores

ciones. El señor Pardo en medio de los aplausos de las damas y los hurras y exclamaciones de simpatía de los caballeros subió al estrado, á invitación



Señor Dr. Eulogio I. Romero
Presidente del Gabinete y Ministro de Hacienda

tados. En la primera galería estuvo el cuerpo diplomático y gran cantidad de señoras y caballeros que también ocuparon la segunda galería. La tercera fué ocupada por los obreros y personas que no pudieron instalarse en los otros lugares.

El presidente del Congreso, honorable señor Ganoza, declaró abierta la sesión y se procedió á la lectura del acta y al nombramiento de las comisiones de anuncio y recibo para traer é introducir al presidente de la república y al señor Leguía, quienes pocos momentos después llegaron siendo recibidos con prolongadas y ruidosas ova-



Sr. Dr. Manuel Vicente Villarán
Ministro de Justicia



Sr. Miguel Rojas
Ministro de Gobierno

del presidente del Congreso, á dar lectura á su mensaje final en que expuso la manera como su administración había cumplido el programa que se trazó desde el principio. Al terminar el

presidente cesante el cuadro de su labor fué estruendosamente aplaudido.

El presidente del Congreso invitó en seguida al señor Leguía á prestar el juramento prescrito por la constitución y verificada esta ceremonia aquel le colocó la banda presidencial, de que el señor Pardo se había despojado al terminar su exposición. El nuevo presidente subió al estrado y leyó su mensaje recibiendo nutridos aplausos de los oyentes. En ese momento el fuerte de Santa Catalina saludó al jefe del Estado con 21 cañonazos.



Sr. Francisco Alaiza y Paz Soldán
Ministro de Fomento



Capitán de navío José M. Ontaneda
Ministro de Guerra y Marina

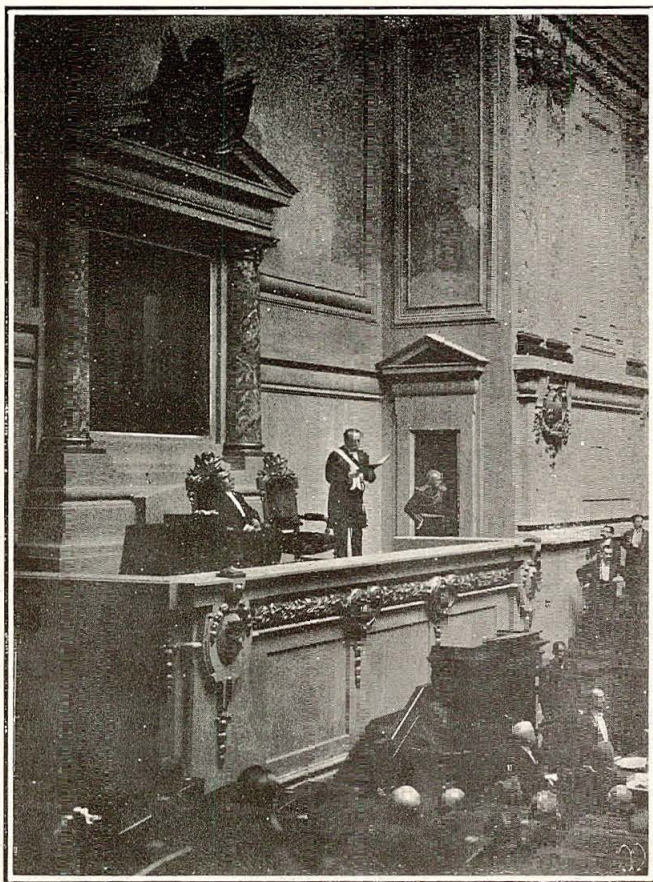
Una multitud enorme esperaba en la plaza de la Inquisición y en las calles el paso del nuevo y del anterior mandatario. Con dificultad pudieron hacer el trayecto á Palacio, tal era de compacto el gentío que llenaba las calles. Los balcones estaban hermoseados por la presencia de distinguidas damas que arrojaban flores, guirnaldas y coronas á los señores Pardo y Leguía, mientras la multitud les aclamaba con entusiasmo. Acompañaban al Presidente los caballeros que había elegido para que constituyeran su primer ministerio.

El señor Pardo se retiró de palacio

acompañado de los señores que formaron su último gabinete y un crecido grupo de ciudadanos representantes y amigos le acompañó hasta su casa, aclamándole calurosamente. Al llegar á su domicilio el ex-presidente agradeció la manifestación de simpatía que se le había hecho y lleno de emoción pronunció un corto discurso.

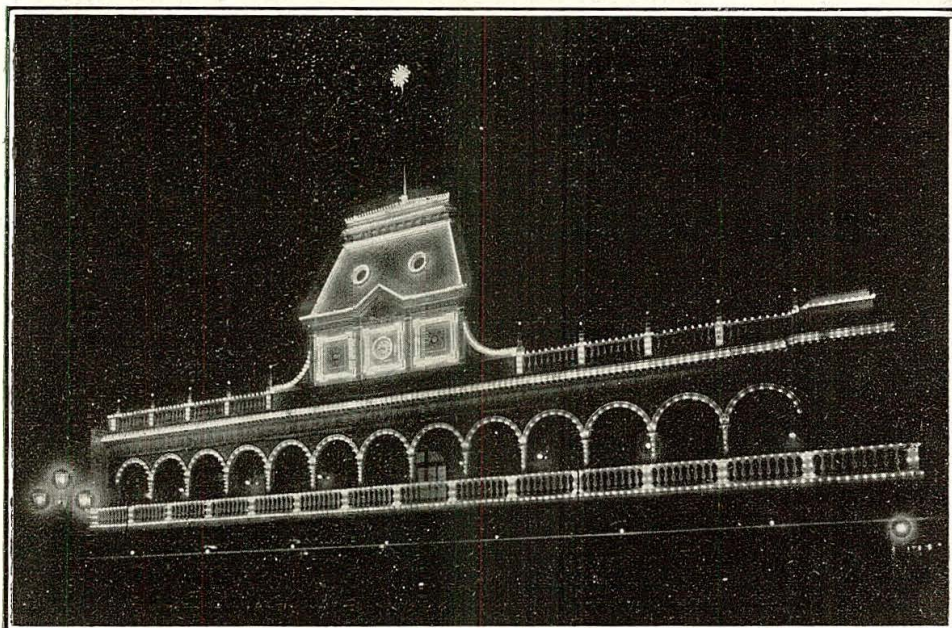
Ha sido bien acogida la designación hecha por el presidente de las personas que forman el gabinete con que iniciara sus labores administrativas. Como saben nuestros lectores los consejeros de estado son los señores doctor Eulogio Romero, doctor Melitón Porras, doctor Manuel V. Villarán, capitán de navío José M. Ontaneda, Miguel Rojas, Francisco Alai-za y Paz Soldán en los ramos de Hacienda, Relaciones Exteriores, Justicia, Guerra, Gobierno y Fomento respectivamente y bajo la presidencia del primero de los nombrados.

Este ministerio ofrece grandes garantías de rectitud laboriosidad y sana intención, no sólo en lo relativo á la administración sino en lo referente á las candentes cuestiones de política interior. Su misma falta de coloración banderiza es un buen síntoma, aún cuando ello sea precisamente motivo para que algunas agrupaciones no estén muy satisfechas con el nuevo ministerio. El doctor Eulogio Romero, más que un civilista es un hombre de espíritu recto y sus antecedentes son una promesa de que no prestaría apoyo á nada que fuera injusto. Ya en

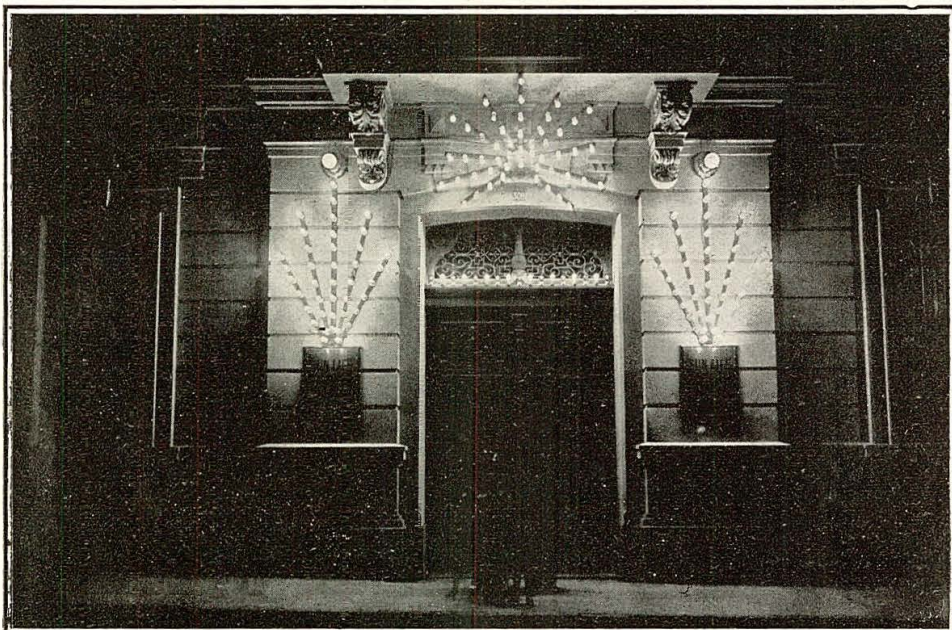


El presidente Pardo leyendo su mensaje

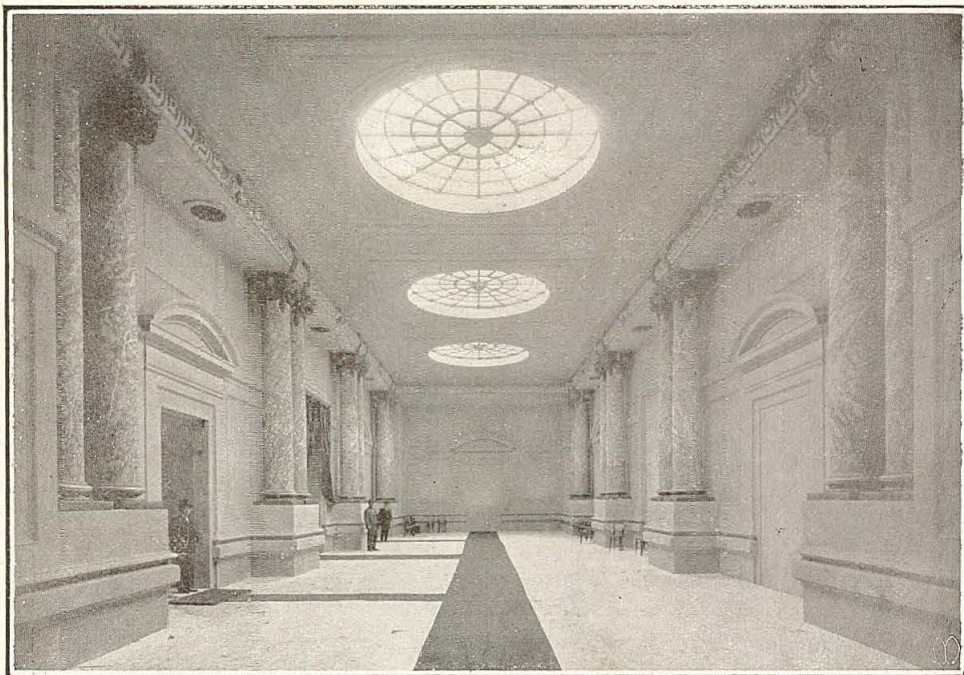
cierta ocasión renunció francamente un ministerio porque no consideró honroso doblegarse á algo que no juzgó serio ni conveniente al país. El doctor Porras es un hombre preparado para la dirección de nuestros asuntos internacionales y sus vinculaciones con los partidos militantes no tienen raíces muy profundas, de modo que no puede decirse que servirá con su influencia determinados intereses políticos. El doctor Villarán es un elemento nuevo en el cual el concepto general funda grandes esperanzas. Es uno de los jóvenes que más se ha distinguido por su honorabilidad y por su talento, del que ha dado convincentes pruebas como catedrático y como intelectual; trae un espíritu sano y una buena preparación teórica, los que unidos á su carác-



Iluminación municipal



Iluminación en la calle de Baquijano



Sala de los pasos perdidos del Palacio Legislativo

ter independiente y á su claridad de juicio puede realizar en el alto puesto que se le ha confiado una labor fecunda.

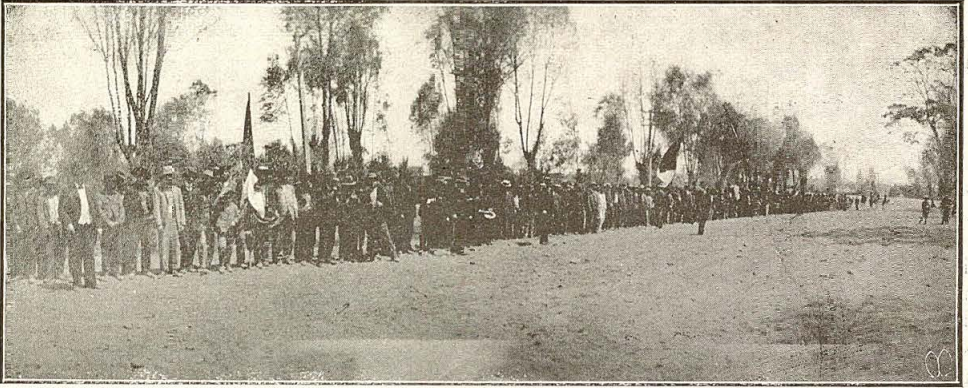
Los señores Ontaneda, Rojas y Alai-za son personas discretas, sin apasionamientos políticos y que en los cargos que han desempeñado anteriormente han manifestado competencia y contracción. Es de esperar que en los ministerios que se les entrega, apropiados á sus conocimientos, sepan cumplir con

entusiasmo, patriotismo y altura de miras. Nos es grato publicar los retratos de estos caballeros, sobre cuyos primeros actos administrativos está fija la atención pública.

Publicamos una hermosa vista panorámica representando la llegada de los presidentes, el nuevo y el cesante, á la Plaza principal, en medio de las



El nuevo Presidente entrando á Palacio



Un club de obreros

aclamaciones de una multitud que olvidando extravíos, recordando solo lo bueno de la administración del señor Pardo y exteriorizando sus esperanzas en el señor Leguía manifestó con espontáneo entusiasmo su simpatía á los dos presidentes.

Lo que afea un poco la vista que publicamos es ese caserón ruinoso que se vé en primer término. Todos sabemos que esa posilga indecente es *nuestro palacio arzobispal*, pero guardemos discreto silencio sobre ello: á los extranjeros que vean nuestra vista y se pregunten que ruinas son esas diremos con

la mayor seriedad que es la casa de los caciques de Pachacamac ó del Rímac, y que por respeto arqueológico la conservamos así. Pudiera suceder que nos creyeran.

La Escuela de Artes y Oficios ha obsequiado al doctor Pardo, fundador de esta escuela, una placa de bronce que reproducimos. No es en realidad este vaciado en metal uno de los trabajos que desde el punto de vista artístico haga mucho honor á la escuela, pero es de todos modos una delicada mues-



Placa obsequiada al señor Pardo

tra de agradecimiento al ciudadano que acaba de bajar del sillón presidencial.

En la mañana del día de la trasmisión del mando fué S. E. á la Merced á oír la misa que se celebraba en ese templo por ser la fiesta de la patrona de las armas peruanas. En el camino se le acercó un sujeto á leerle un memorial y como no era cosa de que la Virgen esperase, prefirió el Presidente continuar su viaje. El memorialista ya que no pudo leer su cartapacio al Jefe del Estado se puso á leerlo al público y obligado por la policía á retirarse, lo hizo continuando su lectura ante los grupos de gente de buen humor que le aplaudían y ovacionaba.



Un reclamante

Nuestro grabado reproduce este gracioso incidente.

La suegra del porvenir

Lima, á tantos del corriente.
Señora Bárbara Eczema.
Ciudad—Muy señora mía
é incomparable suegra:
Esta tiene por objeto
decirle con honda pena
que es imposible mi vida
en común con Enriqueta,
hija de usted y mi esposa
desde fines de cuaresma.
¿Que por qué? Va usted á saberlo:
á parte de su aspereza
(pues ella tiene un caracter
que no hay Dios que la contenga)
ha resultado la niña
frívola, airada, coqueta,
perezosa, machacona,
lenguaraz, hostil y necia.
Se levanta en la mañana
á las diez ó diez y media,
ensordece al mayordomo,
riñe con la cocinera,
destroza algo de vajilla,
se desayuna, se peina
(no se lava) y se coloca

en el balcón satisfecha
á fisgar á las vecinas
y á chismear como se ofrezca.
A las doce acabo yo
mi labor oficinesca
y llego á la casa, y iclaro!
ni está servida la mesa,
ni están los cubiertos limpios,
ni la comida dispuesta;
y encima de todo ello
mi incomparable Enriqueta
se enfurece contra mí,
me echa la culpa y me prueba
que he llegado antes de la hora
fijada y no valen réplicas,
Conque no almuerzo, ó si almuerzo
lo hago de prisa y apenas,
sintiendo que por la ira
los platos se me indigestan,
y regreso á mi trabajo
y ella se queda tan fresca
vistiéndose para ir
toda la tarde de tiendas
¿Qué tanto compra? Lo ignoro,
¿Dónde la pasa? Ni señas

Lo que yo sé es que á las siete,
ó siete y tantos, regresa
oliendo á tabaco habano
(que yo no fumo) y empieza
por arrojar el sombrero
los guantes y la cartera
en cualquiera parte, sigue
por reñir á las sirvientas,
y acaba por darme á mí
la milésima molestia
aunque yo no abra la boca
y jure de mi inocencia.
Después de comer, visitas,
bien á esperarlas ó á hacerlas,
y cuando á las once ó doce
rendido ya de tal fiesta
la recuerdo que es la hora
de que yo tranquilo duerma
para ir al día siguiente
de mañana á mis tareas,
ella mientras me desvisto,
al pie del lecho se sienta
y abriendo espita al torrente
de sus lágrimas amenas
gime y llora inconsolable
y al llanto amargo entremezcla
alusiones, frascitas
y palabras como estas:
¡Qué vida!—¡Siempre lo mismo!—
¡Ay, que hastío!—¡Que tristeza!—
¡Y me he casado por esto!—
¡Y aun soñarán las solteras!—
¡Y á esto llaman matrimonio!—
¡Y esto es vivir!—¡Y esto...!—Etcétera;
hasta que al fin, arrullado
por tan grata cantinela,
cojo el sueño y ya no sé
cuando termina la escena.

Esta es nuestra historia diaria
estimadísima suegra;
esta la vida que llevo
al lado de su Enriqueta,
y entre suicidarme yo
ó aplastarle en la cabeza
el vaso de noche, he optado
por cosa menos extrema:
el divorcio, y que cada uno
arrée por donde quiera.

Esto es lo que me ha movido
á escribirle amada suegra.
Venga usted pues por la niña
ó haga lo que le convenga
pero no olvide usted el caso

de divorcio que la espera.
Sintiéndolo mucho, soy
su yerno

Rotundo Higueras.

II

Lima, á tantos de los tantos.
Señor don Rotundo Higueras
Presente—Querido yerno:
Te escribo estas cuatro letras
agobiada por la más
insospechable sorpresa,
producida al enterarme
de la vida que Enriqueta
te hace llevar, y te induce
á divorciarte con ella.
¡El divorcio!... ¡Es imposible!
¡Es escandaloso!... ¡Apenas
un año de matrimonio
y obrar ya de esa manera!...
Yo no puedo consentirlo
como madre y como suegra,
y en vista de que el asunto
es de gravedad suprema
pues no puedes tolerar
por más tiempo á mi Enriqueta,
para evitar que el divorcio
una campanada sea
y para que quede en casa
todo y que nada trascienda,
ya que te has equivocado
al elegir á Enriqueta
como esposa, te propongo
cambiártela por Amelia,
mi hija menor, que tu sabes
que es hacendosa, discreta,
tranquila, dócil callada
hábil, afectuosa y seria.
Conque, mi querido yerno,
reflexiona bien y acepta
un cambio tan ventajoso
y que todo lo remedia.
Muy tuya y eternamente
tu suegra

Barbara Eczema.

Post data—Si tras un año
no te acostumbras á Amelia
ven á verme y hablaremos
de mi hija segunda, Berta.

Por la copia
LEONIDAS N. YEROVI

Lima, 1908.

GENTE DE CASA

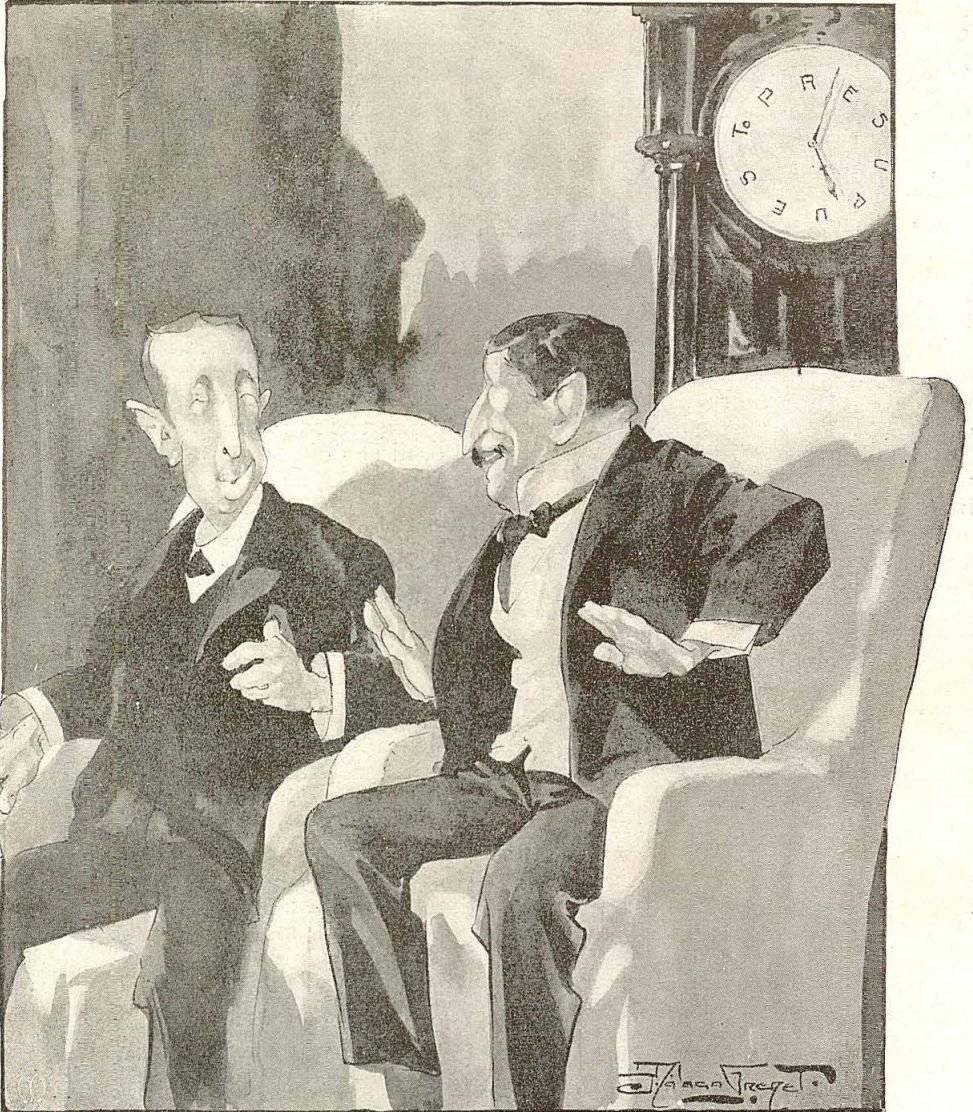
Sr. Dr. D. Eulogio Romero, Presidente del Consejo de Ministros



Se le ha confiado el Ramo de la Hacienda.
Es hombre hábil y honrado; cosa rara!
diz que no tiene pelos en la lengua
[ni en la cara]

CHIRIGOTAS

A la inglesa



—Yo soy educado á la inglesa, mi querido; para mi *time is money*.

—Ya lo sé; pero quisiera que V. E. me dijera qué *money* se puede sacar de este *time*.

Impertinencias

DESDE hace algún tiempo, creo que desde que nació, vive en este buen pueblo, un hombre original.

Cuando yo estaba en la escuela, recuerdo que por primera vez llegó á mis oídos el eco de su nombre, entre la condenatoria de una recriminación insolente, que se inflamó desde el púlpito de la capilla, cuando el capellán nos sermoneaba.

En mi casa, á la hora de las visitas, le oí nombrar con rencor ó con lastimera pesadumbre.

De más crecido, en la afable intimidad de Guadalupe, unos compañeros me dijeron que fuera á escuchar sus discursos.

Luego, en la Universidad, cierto maestro me arrancó de las manos un libro de este hombre enigmático. Y, después, fracasado como estudiante, declarado inepto para ser ungido por la sabiduría de la intelectualidad universitaria, abandoné los claustros, con la gran desesperanza que tendría Adán al ser expulsado del Paraíso. Al abandonarlos, al salir de la fría y oscura jaula de sus muros, sentí que el corazón se me astillaba y me hallé de pronto asomado á la Vida. Sólo, desorientado, perdido mi título de estudiante, sin nada serio con que presentarme ante los demás, casi maldito, avancé temeroso, vacilante, por entre el misterio de las nuevas sendas, de las cosas desconocidas, en busca de un lugar piadoso y magnánimo que quisiera socorrerme, contarme entre los suyos, ampararme bajo la hospitalidad de una generosa misericordia!

Ya no debía pensar en el apoyo de los viejos camaradas; ellos iban por camino conocido, aquella carretera del doctorado en la que nadie puede extraviarse porque hay muchos gariteros, y, como en toda carretera, muchos rastros, surcos de voraces rastros, que, arando el suelo, se pierden á lo lejos, porque muchos han llegado hasta la última estación. Por allí, por esas rayas nerviosas y torcidas que de-

nuncian plantas febriles, pasos codiciosos de invasión, peregrinan mis viejos camaradas, confiados en que la tierra que pisan es una tierra floja y revuelta, que no sabe resistir, por que la destrozó el tráfico constante de interminables romerías!

Tuve, pues, que apartarme de esa ruta venturosa, para penetrar en la montaña desordenada y espesa de la vida eventual, explorando las cavernas oscuras, los antros irónicos de la Casualidad! Penetré de lleno por entre zarzas espinosas, á través de bosques cerrados, bajo cielos agresivos, con paisajes hostiles, entre la desolación de una tierra rebelde, que no se humilló, ni se dejó encarnecer por las violaciones de las plantas profanadoras!

A trechos, á trechos muy distantes, veía yerbas chafadas, vencidas en una lucha heroica, yerbas por las que se abrieron paso los espíritus aventureros y se internaron con bravura en pos de aquel lugar piadoso y plácido, que pueblan los ermitaños.

Perdidos entre la niebla y el desorden de aquella selva, hallé muchos fracasados que me contaron cosas nuevas y arrebatadoras. Me hablaron de una clase de hombres originales, que vivían allí trabajando por la felicidad de los demás, predicando un amor extraño, como el de Cristo en sus parábolas nocturnas. Me contaron de una existencia de seres que en otras partes fueran tenidos por locos y que, huyendo de los cuerdos, huyeran á la Montaña.

Allí, entre la gloriosa eufonía del bosque, escuché las palabras: Ideal.... Belleza.... Amor.... Verdad... palabras que se clavaron en mi memoria y que luego oía como alaridos de socorro, como gritos de fiera herida, como un sordo aleteo de pájaros enormes, que, al alzar el vuelo, azotan con sus alas asustadas el crugiente ramaje de las copas. ¡Era como una alucinación tormentosa!

Principiaba á fatigarme con una fa-

tiga de espanto. Pero... si caía cansado ¿quién me levantaría? ¡Mis gritos de auxilio se enredarían en la maraña de los árboles! Miraba en deredor y estaba sólo, espantosamente solo; y los árboles solemnes y altivos, parecían mirarme, como si pensarán, como si filosofaran.

De pronto me dí con un hombre solitario, que se me antojó un fauno de las leyendas apacibles. En sus ropas, aún en sus carnes, ví rasgaduras de espinas hambrientas, arañazos de zarpas insaciables. Sus bigotes blancos, su cabeza blanca, su blanca mirada, me lo presentaron como de una hermosura genial y serena.

—¡Qué buscas!—Dijo con voz lenta, devota de oración.

No supe qué contestar. Desconfié de mi palabra irrespetuosa y ordinaria, que juzgaba inaparente para contestar á la pregunta de ese personaje de pesadilla.

—¡Contesta, joven!—Insistió, apróximando á mí su cuerpo intangible y precioso.

—Sabe Ud. señor, que yo me he perdido por aquí, me he extraviado... Allá no podía vivir, me decían que no tenía «condiciones»... que «no servía» eso es:... «que era un inútil»... Usted dispense si lo he venido á importunar, señor.....

No se me ocurría decirle más. Temí un grito de castigo, como los que me lanzaban ciertos maestros y temble! Pero, el viejo me dió la razón:

—Tú no tienes la culpa, joven. Este es el único camino que te han dejado los demás y por fuerza teníamos que encontrarnos. No sabes donde te has metido... ¡Mira mis cicatrices!

Y vi un cuerpo tan martirizado, que presuroso y egoísta, palpé mis carnes para convencerme de que, aún, se hallaban vírgenes y respetadas. Desde ese instante, un pánico horrible se apoderó de mí; á tal punto que sostuve con el venerable ermitaño, la conversación más irreverente, más grotesca, más insensata... Yo no acertaba palabra oportuna. El me interrogó:

—Qué eres tú.

—Peruano, señor!

Había perdido el dominio de mi mismo. Insistió:

—Te pregunto si eres artista!

Aquí me animé. Tal pregunta encendió mi orgullo y mi patriotismo:

—Literato chalaco, señor. Nací en el Callao, cuando mi padre era intendente de policía, en la calle de la Constitución... ¿Usted es griego, señor?

Como el viejo sonriera, sonreí yo también, satisfecho de mi literatura y de mi patria. Respondió:

—También soy literato... ¡literato peruano!

—¡Paisanos!!—Grité yo escandalosamente, en un lírico entusiasmo de patriotismo. Quise precipitarme sobre mi desconocido y estrecharlo entre mis brazos fuertes y chalacos. Pero, al mismo tiempo, me asombraba que ese hombre, con tanta magestad, no fuera compatriota de Homero.

El anciano me dijo que sus conciudadanos, quizás yo—ay de mí!— le habían impuesto ese destierro. Luego, con la solemnidad de una función pública, pronunció su nombre. Este fué, para mis oídos plebeyos, como el depósito de una revelación divina.

Ya no pude más. Aunque disonaran mis exclamaciones prosaicas, con la marcial sinfonía del bosque, grité:

—¡Don Manuel... pero... ¿usted es don Manuel?

Me hallaba, pues, frente á frente de aquel hombre que tanto anhelara conocer, en aquellos tiempos de estudiante. Me hallaba de cara á ese hombre que para mí fué un enigma, porque siempre me lo procuraban ocultar. Ya había leído sus libros, sus discursos, y, lentamente, se había derramado por mis nervios una desbordante admiración. Yo ansiaba conocerle, porque le creía infinitamente superior á casi todos los grandes hombres del Perú. Me sentí cautivado por la congoja, al verlo solitario y y marchito, cuando pudo haber sido tan útil á la sociedad pueril y mozigata de mi pueblo:

—¡Mucho anhelaba conocerle, señor, mucho le admiraba! Pero ¿por qué está usted tan alejado de nosotros?... ¿qué mal le hemos hecho?

—Sí; como tú, me admiran todos. ¡Todos me admiran!... Pero dicen que estoy loco... que no siento el temor de Dios... ¡qué se yo! ¡soy el demonio!

—Pero usted dispense si soy majadero....

Tomé alientos. Temía decir una vulgaridad; pero, una fuerte obligación republicana, me sostuvo:

—Y....¿por qué no lanza usted su candidatura á la presidencia de la República?

Una gran carcajada, que como un chorro de aire, frío surjió debajo de esos bigotes, me heló la carne. Se asombró:

—¿Yó....? Y ¡qué haría en el gobierno!.... ¡que me haría yo en el gobierno!

Me tuve que defender:

—Pues.... hacer feliz á la república... La ilustración de usted.... el talento de usted....!

—Y ¿con quienes gobernaría?

Tuve una salida venturosa y conciliadora:

—Con los civilistas, los demócratas, los liberales, los radicales, los caceristas, los cívicos, hasta con los clericales.... De todos los partidos se pueden escojer flores y formar un ramillete que perfumaría nuestra vida política.

Siempre riendo:

—Y ¿á quienes gobernaría?

Estuve por ofenderme, pero transijí:

—Pues á nosotros, al pueblo soberano, este pueblo que necesita un reformador como usted, un adalid de las nuevas ideas.... Regrésese usted; todos los que erramos perdidos por este mundo le acompañaremos con nuestro esfuerzo, ¡ah! si señor y con nuestros votos.... ¡Lance usted su candidatura!

—Pobre jóven, Ya estoy muy lejos del pueblo. Me ha olvidado. Me parece sentir el frío de la orfandad popular, ese horrible frío.... Además.... ¡quien soy yo para mandar á nadie! ¡Qué saco yo con ser presidente del Perú! ¡Qué cosa es ser presidente! ¡Qué cosa es gobernar soldados, frailes y ciudadanos más ó menos gobernados yá!

—Pero ¿no le gustaría á usted verse

en el coche de gala escoltado por un escuadrón y entre el saludar amoroso del pueblo? ¿No le gustaría á usted dar leyes acertadas, discutir en el congreso los más sérios asuntos, administrar bien las rentas de la república?... ¡Qué, caramba, me parece que así no mas no se puede despreciar el título de Excelentísimo señor!

—Pues yo no lo desprecio, por que no me lo dán; pero si me lo dieran, lo rechazaría. Estoy muy lejos de esas cosas. Me hace gracia nuestro país. Su política, sus partidos, sus montoneras, su literatura, su sociedad, sus grandes hombres.... Oh! sus grandes hombres.... qué se yó! ¡Adorable, adorable, adorable!

—Siquiera debía usted aconsejar.

—Mi primer consejo sería que no me vinieran á molestar y me dejaran tranquilo con mi locura, estas locuras de amor que tengo por las Cosas Bellas.

Si quieren buenos presidentes, ahí andan muchos médicos, abogados, tantos veterinarios.... Los pueblos tienen los gobiernos que se merecen y vanidad de vanidades, &....&...."

Y me dió la espalda.

—Don Manuel.... Don Manuel.... óigame usted.... escúcheme.... ¡Qué me hago solo en este sitio ...somos paisanos!

No me escuchaba; repetí como un aullido:

—¡Somos paisanos!

Desapareciendo en el bosque, me gritó con furia:

—¡Si no quieres vivir siempre libre, regrésate!

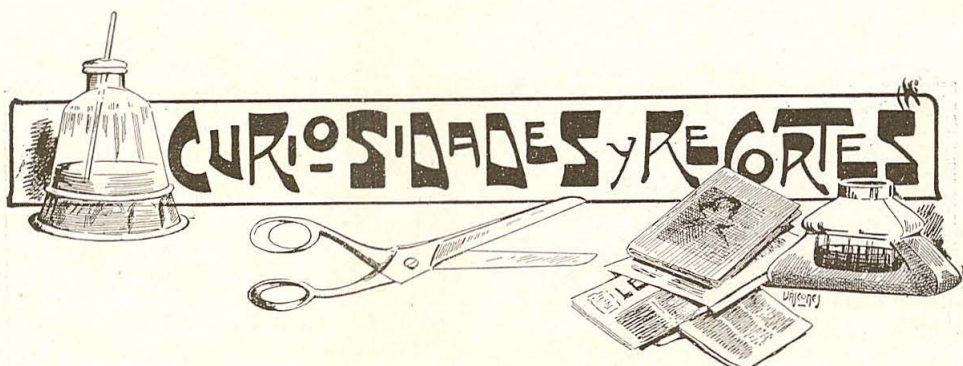
!Regrésate... regrésate! Pero ¿adonde?

¿Se me habrá expulsado también de la Selva Virgen?

Aunque esto sea cierto, tengo que seguir errando por entre la montaña bravía del Arte, en busca de un lugar hospitalario, porque no es cosa de volverme á matricular en la Universidad!

EL PRIMO BASILIO.





¿TIENE USTED LAS MANOS HIPNÓTICAS?—*Las ventajas que reportan.* Hay ciertas formas de manos que dan al que las posee dotes hipnóticas especiales. El estudio de ellas es muy curioso.

En primer lugar, puede decirse que generalmente todos los que poseen verdaderas facultades hipnóticas tienen las manos y la punta de los dedos semejantes.

Todo aquel cuyas manos sean pequeñas y gordas y tenga los dedos flexibles y el pulgar corto, es inútil que quiera hacer uso del hipnotismo en provecho propio ó en favor del prójimo. A pesar de lo que digan otras teorías el verdadero hipnotizador siempre tiene las manos bien formadas, largas y cuadradas, con las palmas duras, elásticas y llenas, y las puntas de los dedos cuadradas ó cónicas; aunque resulta mejor una combinación de ambas formas: las del índice y el meñique redondas, y las del corazón y el anular cuadradas.

La persona cuyas manos sean de este tipo y tenga la línea del corazón (la que se extiende bajo la base de los cuatro dedos más largos) y la de la cabeza (que comienza cerca del pulgar y se prolonga en línea recta á través de la palma), todo el que tenga, repetimos, estas dos líneas bien marcadas dominará instintivamente á las personas que le rodeen. Estas manos son indicio de que su poseedor triunfará casi siempre en todo lo que emprenda.

Los triunfos que muchas veces atribuimos á la buena suerte, son debidos en realidad á las extensas facultades hipnóticas que suelen llamarse «magnetismo personal», y que sólo se de-

muestra en los resultados que obtienen las personas en sus empresas,

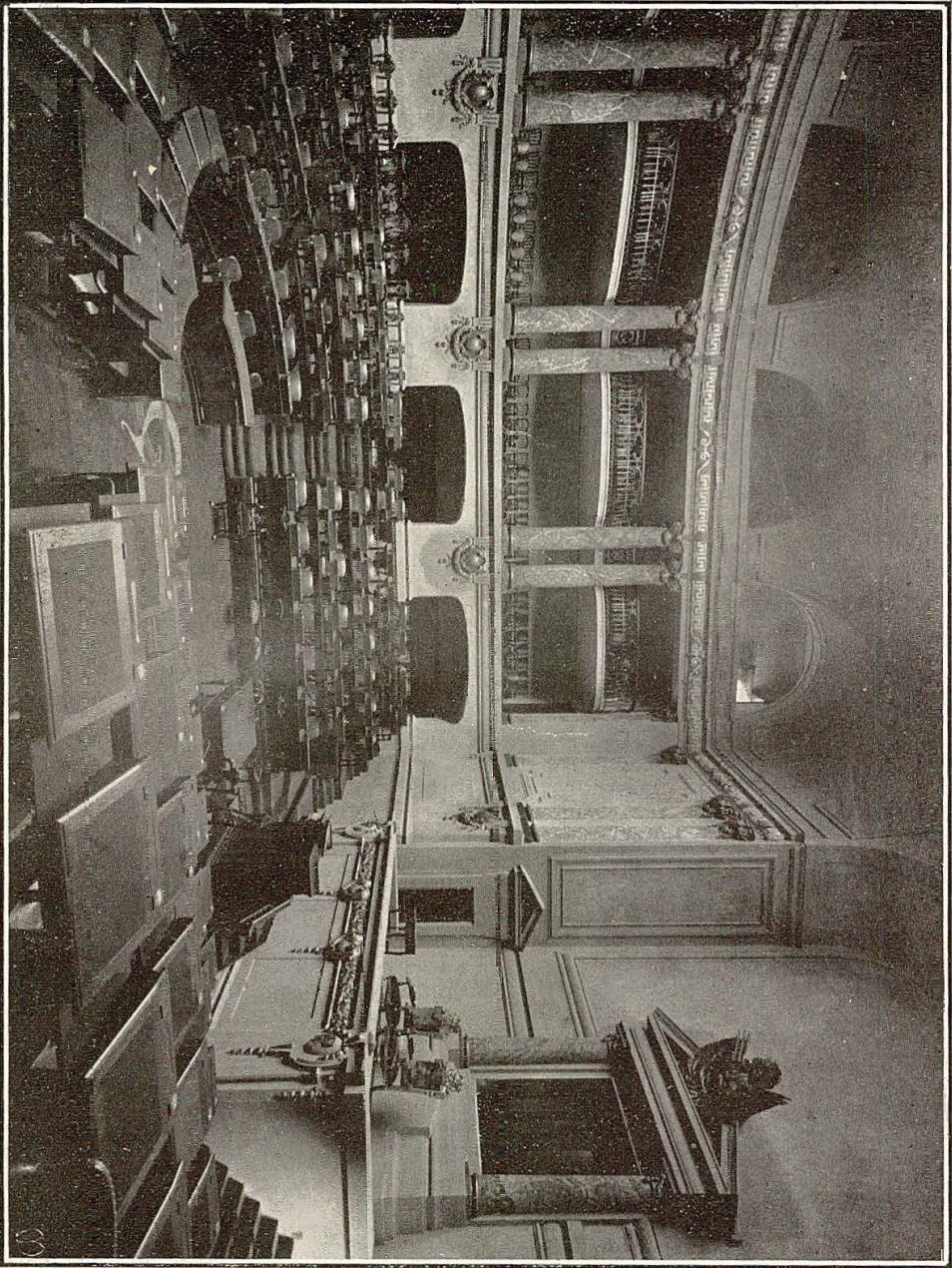
Cuando un individuo se resuelve á ejecutar algo que piensa, tiene una tendencia instintiva á cerrar la mano. Cuanto mayor es el deseo, más la cierra. Por eso, cuanto mayor es el deseo de dominar ó de conseguir de otras personas lo que se quiere, y cuanto mayor es la convicción positiva del propio predominio, acompañada de la seguridad de hallarse en condiciones de superioridad, más se cierra la mano.

El pulgar sujeta á los demás dedos como una abrazadera, y según se vá concentrando con más intensidad el asunto en el cerebro, más se va acercando involuntariamente la mano á la cabeza para servirla de soporte, como si el sujeto quisiera estrechar las relaciones existentes entre el cerebro y el agente activo.

La mano hipnótica se encuentra también entre los jugadores afortunados ó que se arriesgan mucho. El jugador profesional baraja siempre las cartas con los dedos pulgar, índice y corazón, conservando doblados el anular y el meñique.

Muchos oradores fijan la atención de sus oyentes, cuando van á decir y robustecer un argumento, alargando la mano en dicha posición como si quisieran hipnotizar á los circunstantes.

Lo expuesto se refiere lo mismo á nombres que á mujeres, más si éstas son aficionadas á probar la suerte jugando el todo por el todo, suelen tener los dedos largos, por lo general, y las manos delgadas, sobre todo por la palma; pero en cuanto á la forma se ajustan á la descripción que hemos hecho de las manos magnéticas.



Salón de sesiones del Congreso en el nuevo Palacio Legislativo